

TRACTATUS LOGICO-PHILOSOPHICUS INTERACTIVO

Daniel Ranz y Radamés Molina

PREFACIO

Este texto pretende reconstruir un libro en cierto sentido ausente, o al menos no legible sin el auxilio de ciertos instrumentos. Nos interesa reconstruir, mediante las palabras, la versión hipertextual del *Tractatus* en la que hemos venido trabajando. Nos enfrentamos, con ello, a la paradoja de defender las posibilidades del hipertexto: el sentido no secuencial del lenguaje, la accesibilidad a cualquier de los puntos lógicos del libro, el respeto de la pluralidad de jerarquías; todo ello utilizando los recursos propios del lenguaje escrito, precisamente de ese lenguaje que a continuación desmontaremos.

Nos queda la intención de evocar, desde los límites de nuestro lenguaje escrito, los rasgos de un pensamiento que no puede ser expresado sino mediante sus propias reglas, que elucidamos a continuación.

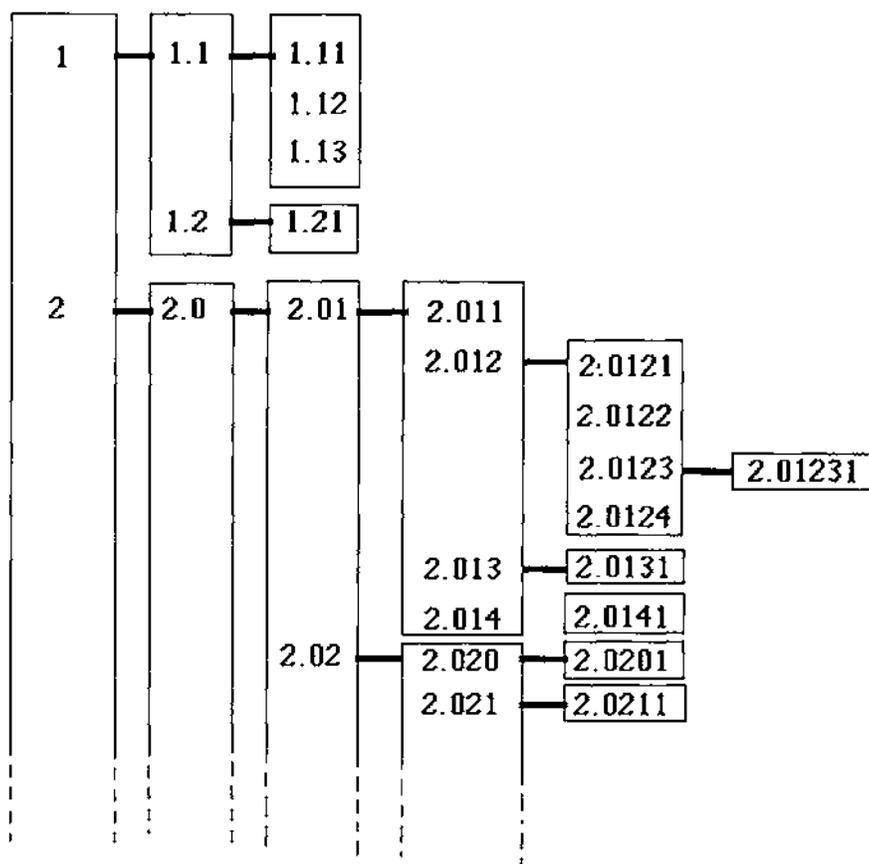
LA ESTRUCTURA DEL TRACTATUS

Quisieramos comenzar recordando pesadamente la estructura, de sobra conocida, del *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein. Esta obra consta de siete proposiciones principales y de aclaraciones a éstas. Las aclaraciones no son todas de la misma importancia dentro del libro, por lo que Wittgenstein recurre a una peculiar notación en el encabezamiento de sus proposiciones para marcar este hecho. Las siete proposiciones "generales" llevan al comienzo los siete primeros números naturales; las aclaraciones llevan el número de la proposición a la que aclaran seguido de un decimal que las ordena. Por ejemplo, la proposición 1 va seguida de dos aclaratorias, la 1.1 y la 1.2. Pero las aclaraciones pueden a su vez tener otras aclaraciones, y para nombrarlas se irán añadiendo cifras (se irán añadiendo decimales) a los nombres de éstas según el método indicado. Todo esto queda explicado en la única nota a pie de página de todo el libro:

En cuanto números de cada una de las proposiciones, los números decimales indican el peso lógico de las proposiciones, el énfasis que en mi exposición se pone

en ellas. Las proposiciones n.1, n.2, n.3, etc., son observaciones a la proposición nº n.; las proposiciones n.m1, n.m2, etc., observaciones a la proposición nº n.m; y así sucesivamente.¹

De esta manera, a la proposición 1.1 seguirán la 1.11, la 1.12 y la 1.13; a la 1.2 seguirá la 1.21; y así sucesivamente. Más adelante, en las series 2, 3, 4, 5 y 6, el número de aclaraciones es mayor y la estructura por tanto más complicada. Para una mejor comprensión de lo hasta aquí explicado, adjuntamos la representación gráfica de un fragmento de esta estructura.



La cuestión es pues que este sistema filosófico va dispuesto en una estructura en árbol y podemos decir que la importancia de una proposición dentro de la exposición de Wittgenstein es inversamente proporcional al número de cifras que aparecen en su encabezamiento, es decir, aprovechando el símil, cuanto más lejos está una proposición del tronco de las siete principales, menos importante es.

¹ Wittgenstein, L.: *Tractatus Logico-Philosophicus*, Madrid, Alianza, 1993, pág. 15.

También nos percatamos de que las proposiciones de un mismo peso lógico y que aclaran una misma proposición más general quedan ordenadas en lo que llamaremos 'paquetes lógicos'.

Después de escribir el libro, se barajó la posibilidad de publicarlo en una revista literaria alemana llamada *Der Brenner* cuyo editor era Von Ficker. Éste le preguntó a Wittgenstein si era absolutamente necesario incluir los decimales caso de que el libro fuera publicado, a lo que el autor contestó que sí, puesto que "sólo ellos dan lucidez y claridad al libro, que sería un revoltijo incomprensible sin ellos".² El libro, por tanto, debe ser leído respetando su estructura, ya que debemos conceder a su autor que ésta no fue concebida en vano.

LA EDICIÓN EN PAPEL

Desgraciadamente, cuando abordamos la lectura del libro a través de una edición en papel como las existentes, debemos ir reconstruyendo mentalmente la estructura en árbol en la que el sistema se despliega. Para poder leer en su conjunto un paquete lógico, debemos pasar varias páginas de la edición, identificar qué proposiciones pertenecen a él y cuáles no, deberemos leer unas y las otras no, y deberemos retenerlas momentáneamente en la memoria mientras buscamos dónde termina el paquete lógico, y sólo entonces podremos contemplarlo en su totalidad; sólo podemos aprehender un paquete lógico a través de esa reconstrucción mental, con el esfuerzo intelectual que ello conlleva.

Cuanto más cerca del "tronco del árbol" está un paquete lógico, más desarmado lo encontramos, es decir, el paquete lógico formado por las proposiciones 4.1271, 4.1272, 4.1273 y 4.1274, por ejemplo, se encuentra más o menos agrupado en las páginas de la edición el papel (ocupa las páginas 73, 74 y 75 de la edición en castellano), ya que su peso lógico es pequeño. Por tanto, aprehenderlo en su conjunto y totalidad es sencillo, tan sólo tenemos que pasar tres páginas. Pero a medida que retrocedemos por las ramas del árbol, por ejemplo si queremos ver el paquete lógico que incluye la proposición 4.1, a saber, el que está formado por las proposiciones 4.1, 4.2, 4.3, 4.4 y 4.5, deberemos movernos por las páginas 65, 77, 81, 83 y 91. Es decir, a mayor peso lógico, más dispersas encontramos las proposiciones dentro de la edición en papel, hasta el punto que el paquete formado por las siete proposiciones generales, el paquete de mayor peso lógico de la obra, cubre desde la primera página de la edición en papel hasta la última; para percibir de golpe y en su totalidad este paquete, deberíamos pasar el total de las ochenta hojas que constituye el libro. Lo que suele ocurrir muy a menudo es que nos cansamos de realizar todos estos procesos y terminamos leyendo el libro tal y como aparece en las páginas en papel, es decir, hacemos aquello que Von Ficker proponía y que tanto irritó a Wittgenstein: terminamos por leer el libro como si los números no estuvieran ahí. Por ejemplo, la proposición número 3 tiene cinco aclaraciones principales (3.1, 3.2, 3.3, 3.4 y 3.5) y una serie de aclaraciones menores. La menor importancia de estas últimas viene expresada por la aparición de un cero entre el tres y las cifras propias de la aclaración, es decir, tras la proposición 3 encontramos 3.001, 3.01, 3.02, 3.03, 3.031, etc. El cero de

² Citado en Monk, R.: *Ludwig Wittgenstein. El deber de un genio*, Barcelona, Anagrama, 1994, pág. 178.

la proposición 3.01 indica que ésta es la aclaración inmediata a la 3, pero de una importancia menor que la 3.1 y de una importancia mayor que la 3.001. (Generalmente, obviamos este hecho y leemos de manera continua, es decir, 3, 3.001, 3.01 y, tras varias proposiciones, 3.1.)

Podríamos establecer aquí un símil diciendo que la edición en papel del *Tractatus* es como la caja de piezas de un puzzle con las que luego armaremos una imagen; ese esfuerzo mental de reconstrucción de la estructura del libro supone el montar un puzzle para luego poder ver qué hay representado en él.

La historia de los estudios del *Tractatus* está llena de violaciones de la estructura que Wittgenstein le dio al libro. Sin ir más lejos, ya en uno de los primeros textos que se escribieron en torno al libro, la introducción de Bertrand Russell, encontramos una de ellas: Russell nos está hablando de la teoría de la representación de Wittgenstein y cita sus palabras así:

“En la figura y en lo figurado debe haber algo idéntico para que una pueda ser figura siquiera de lo otro. Lo que la figura debe tener en común con la realidad para poder figurarla a su modo y manera -justa o falsamente- es su forma de figuración” (2.161, 2.17).³

Russell parece estar citando dos proposiciones como si una siguiera a la otra y debiéramos leerlas así, pero la primera pertenece a un nivel lógico inferior respecto a la segunda, tiene menos peso lógico, y una proposición con cierto peso lógico dentro de la exposición nunca se refiere a otra de menor peso; Russell está desvirtuando la estructura lógica del libro.

LA EDICIÓN INTERACTIVA

Hoy los ordenadores nos ofrecen otro soporte técnico con otras posibilidades. A diferencia del espacio limitado de la superficie de papel, el ordenador nos ofrece un espacio ilimitado para la disposición de la información. Podemos tomar el *Tractatus* y disponer los paquetes lógicos en pantallas, respetando la estructura original y estableciendo luego un sencillo sistema de navegación de un paquete a otro según los nexos que el propio Wittgenstein estableció -sin saberlo- mediante su sistema decimal. Así, la primera pantalla a la que accederemos agrupará las siete proposiciones generales, y las podremos aprehender en su totalidad de una sola vez, sin tener que pasar páginas, pudiendo así tener una idea general de lo que el libro contiene y de qué leeremos; aunque de momento no entenderemos mucho, pues todavía no habremos leído las aclaraciones. Podremos entonces pedir al ordenador, mediante una muy sencilla operación que consiste en “pinchar” con el ratón un botón de la pantalla, que nos muestre también en su conjunto cada uno de los paquetes que esclarecen cada una de las proposiciones generales. Y así sucesivamente, es decir, podremos pedir la visión de los otros paquetes que aclaran las proposiciones de los paquetes menores, podremos ir adentrándonos en el libro y alejándonos del

³ ‘Introducción de B. Russell al *Tractatus*’, *Tractatus Logico-Philosophicus*, Madrid, Alianza, 1993, pág. 187.

tronco. Llamamos a este proceso “viajar por la red (o el árbol)” que el *Tractatus* constituye; comenzamos por el tronco y, llevados por nuestra curiosidad, viajamos por las ramas.

Recuperando el símil que planteábamos antes, lo que con esto estamos haciendo es tomar la caja de piezas del puzzle y montarlo. Con ello tal vez perderemos distracción -la lectura dejará de ser un pasatiempo como lo es montar rompecabezas-; pero si lo que pretendemos es obtener una imagen, la manera de conseguirlo es teniendo el puzzle montado.

IMPLICACIONES HERMENEUTICAS I. (El *Tractatus*)

La expresión del pensamiento tiene un carácter necesariamente técnico. Por tanto, si cambiamos de técnica, encontraremos cambios en el contenido del pensamiento que la información expresa. En otras palabras, el modo técnico de presentación del texto tiene lo que llamamos “implicaciones hermenéuticas”.

Pondremos dos ejemplos, uno más inmediato y otro más sutil. Tomemos la proposición 4.02: “Vemos esto porque comprendemos el sentido del signo proposicional sin que nos haya sido explicado.” ¿A qué se refiere el *esto*? Si leemos el texto linealmente, como siempre se ha hecho, entendemos que el demostrativo se refiere a la proposición inmediatamente superior; pero no puede ser así, ya que la proposición que en la edición en papel aparece encima de ésta (la 4.016) es de un peso lógico menor, y una de peso mayor no remite a una menor. Aceptado esto quedan dos posibilidades: el *esto* se refiere a la proposición que se encuentra encima de la 4.02 dentro de su paquete lógico, es decir la 4.01, puesto que deben ser leídas en conjunto, o bien el *esto* se refiere a la proposición que la 4.02 está aclarando, es decir la 4, puesto que se sigue de esta última y su contenido sí puede referirse a ella. Cuál de estas posibilidades sea más plausible es cosa que la crítica y los comentaristas deben argumentar. Con el planteamiento de este ejemplo hemos querido mostrar uno de los muchos cambios que nuestra edición interactiva supone y que con estos cambios aparecen unos matices que hasta que el libro no es leído así quedan ocultos. Hay muchos otros casos como el de la proposición 4.02.

El segundo ejemplo al que queremos remitirles es más sutil. Tomemos esta vez la proposición más famosa y, desgraciadamente, más citada del *Tractatus*: la número siete. Cuando leemos el libro, pasamos por todos los temas de los que la filosofía se ocupa: una ontología, una epistemología, lógica, filosofía del lenguaje y filosofía de la ciencia. Después de todo esto encontramos una parte de mística que ocupa las tres últimas páginas del libro en papel. Supuestamente esta parte se sigue de la comprensión de la forma general de la proposición. Y, finalmente, todo ello se cierra con una perogrullada: “De lo que no se puede hablar hay que callar.” La sensación que nos queda al pasar la última página del libro es que esa proposición está fuera de lugar. O, caso de no estarlo, queda una sensación de terrible estupidez: Tal vez no hacía falta pasar por todo esto para llegar a algo que bastaba con decir de entrada y así nos ahorrábamos leer el libro; y Wittgenstein se habría ahorrado escribirlo.

Este desánimo es natural puesto que si leemos así resulta ciertamente estúpido. Pero es que la proposición número siete no es la última, sino la primera -o, para decirlo mejor, la séptima-, puesto que cuando leemos esta obra en la versión hipertextual, que respeta su estructura genuina, la primera “página” que leemos, la primera pantalla, contiene las siete proposiciones generales. Es decir, comenzamos leyendo estas siete proposiciones, con lo cual adquirimos una idea general de las cuestiones que se van a tratar, desde

dónde, en qué tono y a dónde nos pueden llevar. De este modo la proposición número siete funciona mucho mejor; podemos considerarla como axioma -el tronco que aguanta las ramas que vendrán luego- o como conclusión de las otras seis -comprendido lo anterior lo que la número siete expresa viene a imponerse-. No quisieramos discutir aquí el *status* que tiene esta proposición, pretendemos mostrar este carácter de gozne entre axioma y conclusión que tienen los aforismos del *Tractatus*. La edición hipertextual da el espacio necesario para que este talante esté presente de manera más directa. Presentada así se hace posible considerar que la proposición número siete establece el plano en el que se moverá todo el libro: hablará de lo que se puede hablar y sólo de lo que se puede hablar. Es como una regla de juego: 'si no aceptas que hay cosas de las que se puede hablar y cosas de las que no, no sigas leyendo'. Tiene contenido preceptivo, es una declaración de intenciones discursivas, no sólo una conclusión.

¿Cuál es entonces la última proposición del libro? De nuevo, como decíamos antes en el caso de los demostrativos, ésta es una cuestión que queda por discutir. De hecho lo que ocurre es que el tratamiento hipertextual de los textos, que es lo que hemos realizado aquí con el *Tractatus*, deja a los mismos de "forma ordenada aunque no secuencial".⁴ De modo que, al no ser ya secuenciales, quedan obsoletos conceptos habitualmente aplicados a los textos; en concreto los de final y de principio. (En el caso particular de la edición interactiva del *Tractatus* que hemos desarrollado, sí tenemos principio del texto -la pantalla de las siete proposiciones principales-, pero no tenemos final, puesto que el *Tractatus* constituye un árbol y no una red como otros hipertextos. Un árbol parte de un punto inicial tras el que los caminos posibles se multiplican y las rutas se bifurcan, por eso no tiene un único final. Una red en cambio está constituida por nodos -fragmentos de información- y nexos -conexiones, accesos posibles entre un nodo y otro-, por eso no tiene punto de partida ni de llegada. El modo de navegación que planteamos en el *Tractatus* lleva al lector de mayor a menor generalidad, tal y como Wittgenstein lo hizo. En el libro sí existe un único punto de generalidad máxima pero, sin embargo, no existe un punto único y concreto de finalización del texto.) Lo que dirige el orden y la progresión de la lectura en el hipertexto es el interés del lector, no el del escritor, como ocurre en los textos "comunes".⁵ El final del texto será pues aquello que el lector lea *de facto* en última instancia.

No obstante, el hecho de que no exista un final físico del libro no quita que podamos sugerir que algunas de sus partes estén funcionando como conclusión; ésta es tarea de la crítica y la interpretación. Por nuestra parte, queremos proponer aquí como conclusión al libro la proposición que queda más abajo y más a la derecha dentro del árbol ideado por su autor, es decir, la proposición 6.54. Esta propuesta evidentemente es muy discutible, cabrían muchas otras, pero queremos aportar simplemente un ejemplo de lo que podría ser una conclusión, para que con ello se vea la diferencia respecto a cuando sólo cabe una conclusión -la número siete-. Dicha sentencia reza:

Mis proposiciones esclarecen porque quien me entiende las reconoce al final como absurdas, cuando a través de ellas -sobre ellas- ha salido fuera de ellas.

⁴ Yankelovich, N. y otros: "Reading and Writing the Electronic Book", *IEEE Computer* 18 (octubre 1985), pág. 18.

⁵ Idea basada en Roland Barthes que aclaramos más adelante.

(Tiene, por así decirlo, que arrojar la escalera después de haber subido por ella.)
Tiene que superar estas proposiciones; entonces ve correctamente el mundo.⁶

Sea ésta la conclusión del libro o sea otra u otras, la cuestión es que funciona mucho mejor como tal de lo que lo hacía la número siete, si no por más razones, al menos porque es autorreferencial y porque no establece una base sobre la que trabajar, sino que resume.

La posibilidad de que esta proposición juegue el papel de conclusión pasa por que la lógica interna de la disposición del libro, su estructura, sea respetada tal y como lo es en la edición informática.

IMPLICACIONES HERMENEUTICAS II. (Itinerarios)

La doble naturaleza que los aforismos del *Tractatus* soportan en la edición informática, la de axiomas y conclusiones al mismo tiempo, no es la única situación paradójica a la que esta edición nos arroja. Con el cambio de técnica nos enfrentamos a hechos ante los que aún no nos habíamos visto. Por ejemplo: Con esta edición, el *Tractatus* queda ordenado "aunque no de forma secuencial". Podríamos decir que queda "mejor" ordenado o "más" ordenado, u ordenado de un modo que "respete más o mejor" los deseos del autor. Pero al mismo tiempo, nos damos cuenta de que el libro ha quedado desarticulado, desmontado, puesto que ya no existe dentro de él una linealidad que será seguida por todos los lectores, sino que cada uno de ellos trazará una secuencia distinta según sus intereses o curiosidad. El lector entra en un texto que se bifurca y por tanto toma un camino u otro. Así, al tiempo que montamos el puzzle, lo liberamos de la linealidad, lo abrimos: hacemos que el texto otorgue al lector un grado de libertad que en el texto impreso no tenía. Es lo que se llama un "texto abierto" o lo que Roland Barthes llamaba con presciencia, aunque evidentemente sin referirse a los textos informáticos, "texto de lector" en contra del "texto de escritor".⁷

(...) el hipertexto no permite una única voz tiránica. Más bien, la voz siempre es la que emana de la experiencia combinada del enfoque del momento (...).⁸

Así, esa desarticulación del texto permitirá que el lector, guiado por sus intereses y por "el enfoque del momento", realice lecturas del texto que se erigirán como interpretaciones. Es decir, tomará unas proposiciones como fundamentos (axiomas), pues el doble papel de éstas se lo permite, otras como líneas directrices, y otras como conclusiones, por el mismo motivo. Todo ello a través de los movimientos de navegación que realice dentro de la estructura. Con todo ello, con su elección de una trama, y no de otra también posible, irá trazando una interpretación. Es lo que en nuestro CD-Rom hemos llamado "itinerarios", y nos hemos permitido sugerir cinco: "el ser", "la representación", "el límite", "la red" y "los objetos".

⁶ Wittgenstein, L.: *op. cit.*, pág. 183.

⁷ Barthes, R.: *S/Z*, París, Seuil, 1970 (citado en Landow, G. P.: *Hipertexto. La convergencia de la teoría crítica contemporánea y la tecnología*, Barcelona, Paidós, 1995, pág. 17)

⁸ Landow, G. P.: *op. cit.*, pág. 23.

Un itinerario atraviesa transversalmente el plano entero. Un itinerario persigue la respuesta a un problema filosófico, persigue un tema, un tópico. Debido a que el sistema de Wittgenstein responde a todas estas cuestiones, y debido a que está desplegado en forma de árbol, si queremos leer el tratamiento de estos temas deberemos navegar transversalmente por el árbol, es decir, deberemos cruzar el sistema rompiendo su estructura.⁹ Tomemos un ejemplo, “los objetos”:

La interpretación del *Tractatus* pasa por la comprensión de un concepto que juega un papel clave en el sistema: los objetos. Pero no sólo en el libro de Wittgenstein, sino que la pregunta por los objetos es la pregunta por la ontología, por el ser, por lo que las cosas son. Desde que el libro fue escrito, los comentaristas se han dedicado a interpretar este concepto a partir de las proposiciones del *Tractatus* intentando desvelar qué es lo que Wittgenstein entendía por este concepto. Dos son las respuestas que marcan las lecturas paradigmáticas en las que uno se puede colocar, la de Stenius (realista) y la de Anscombe (nominalista). Simplificándolo mucho, podemos decir que lo que la interpretación nominalista de Anscombe defiende es que por “objetos” en el *Tractatus* debemos entender objetos materiales particulares. Para defender esta tesis se vindica como centrales las proposiciones 3.1431 y 4.0311. El realismo de Stenius, por su parte, defiende que por “objetos” podemos entender, además de los objetos físicos, las relaciones y los universales. Esta otra postura se apoya en cierta lectura de la proposición 2.03. También se defendió en un momento dado que los “objetos” del *Tractatus* eran *sense data*. Según Anscombe esto no puede ser así debido a lo que se dice en la proposición 6.3751.

Evidentemente no pretendemos entrar aquí en esta profunda discusión, lo que quisiéramos mostrar, sea cual fuere la lectura que más se acerca a lo que Wittgenstein tenía en la cabeza -dando por supuesto que los pensamientos puedan estar en las cabezas-, lo que quisiéramos mostrar, decimos, es que lo que estos autores están haciendo al poner el acento en una proposición o en otra es trazar un itinerario. Están leyendo las proposiciones en un cierto orden, concluyendo unas de otras, incluyendo unas, excluyendo otras y dando centralidad a unas respecto a las otras.¹⁰

Nosotros consideramos que estas lecturas han olvidado apartados del libro en los que el autor trata la cuestión de los conceptos formales. Las afirmaciones que allí se hacen no tienen aparentemente nada que ver con la ontología, parece que se está refiriendo a

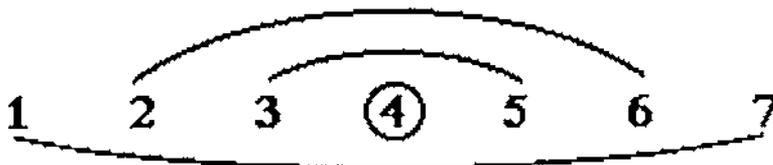
⁹ Lo que acabamos de decir puede parecer que está en directa contradicción con afirmaciones que hemos sostenido antes, pero no es así. Precisamente esta sensación de contradicción se deriva del carácter paradójico de la edición informática al que antes nos hemos referido, a saber, que ordenando el libro lo estamos desmontando (al ordenarlo respecto a su estructura genuina, lo desordenamos respecto a la artificial linealidad de la edición en papel). La estructura del *Tractatus* se puede “romper”, para su interpretación, como nos plazca, y esto lo defendemos y lo practicamos. Pero el modo de romper el libro que proponemos se desprende, en nuestra edición, de los intereses del lector (y en el caso de los itinerarios sugeridos de los nuestros propios) y no de las exigencias de una limitación técnica como es la edición en papel.

¹⁰ En muchas ocasiones, estos itinerarios que los comentaristas trazan se apoyan en material externo al *Tractatus*, principalmente en otras obras del autor donde éste explica lo que entendía por la palabra. No trataremos aquí, ni lo hacemos en el CD-Rom, la posibilidad que existe de conectar redes entre sí. Según los conexionistas, los apologetas de los hipertextos, la cultura humana sería un gigantesco hipertexto sin fin, pues todo el conocimiento estaría conectado, y no existiría una obra cerrada y autónoma sin posibilidad -y/o necesidad- de ser conectada con el resto de textos. Así, otras obras de Wittgenstein como *Investigaciones Filosóficas* o como *Diario Filosófico* vendrían a conectarse con las proposiciones del *Tractatus* y aportarían más material con el que elucidar el tema.

filosofía del lenguaje, pero las conclusiones a las que llega tienen implicaciones directas sobre lo que podemos entender por "objetos"; resumiendo mucho esas implicaciones, lo que se sigue de esas afirmaciones es que la pregunta por los objetos no es posible o es absurda. Por eso, sugerimos que para comprender la ontología que se defiende en la obra debemos leer ciertas proposiciones y en cierto orden, es decir, trazamos un itinerario, y con ello damos una interpretación posible. El lector del CD-Rom si lo desea puede crear sus propios itinerarios según sus propias interpretaciones.

Esta idea no tiene nada de nuevo: siempre hemos hablado de lecturas y de interpretaciones de un mismo texto. Es decir, los textos siempre han sido esencial y necesariamente abiertos, siempre han sido interpretados. La diferencia está en que en las ediciones hipertextuales estas lecturas se proyectan directamente en la linealidad escogida por el lector; se traducen en una disposición física de la información en el espacio de la pantalla y en el tiempo del lector.

(El caso más paradigmático de un intento de trazar itinerarios sobre el papel es Finch: Este comentarista defiende que la tesis central del libro se encuentra en la proposición 4.0312 y que las proposiciones de antes y de después comparten una estructura isomórfica de implicatura y seguimiento. Se ve obligado incluso a dibujar una figura para explicarse:



Certain symmetries between the two parts then appear:

1 and 7-	<i>world as totality</i>	<i>silence</i>
2 and 6-	<i>ontological presuppositions</i>	<i>logical framework</i>
3 and 5-	<i>"sense functions"</i>	<i>truth functions</i>
4 -	<i>nature of language and philosophy</i>	
	<i>elementary propositions</i>	
	<i>4.0312- central thesis of book¹¹</i>	

Lo que Finch está haciendo al dibujar esta figura es trazar itinerarios. Si los quisiéramos ver, deberíamos conservar la imagen en la memoria y trasladarnos al texto para encontrar las proposiciones que los forman.)¹²

¹¹ Finch, H. L.: *Wittgenstein. The Early Philosophy*, Nueva York, Humanities Press, 1971, págs. 255-257.

¹² Finch resulta también muy ilustrativo cuando trata la cuestión que discutíamos antes: los objetos del *Tractatus*. Para interpretar la ontología del primer Wittgenstein, este comentarista se basa en tres anotaciones de Wittgenstein en su *Diario Filosófico* (Wittgenstein, L.: *Diario Filosófico*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1986) y las hace sucederse como si se tratara de un argumento, con dos premisas y una conclusión.

Según estos pasajes de su diario, puestos en el orden en el que Finch los pone, parecería que el pensamiento de Wittgenstein fue pasando de la consideración de que los complejos pueden ser objetos, a una visión de los objetos como elementos más simples, como los *sense data*. Nos encontramos claramente frente a un itinerario, trazado sobre unas entradas en un diario. Lo gracioso está en que si uno se fija en las fechas de estas anotaciones que Finch reproduce como si fueran un progreso en el tiempo, se descubre que no se suceden tal cual,

En un libro en soporte de papel, podemos distinguir dos momentos: el texto y la interpretación. Evidentemente esta diferenciación es sólo retórica y no responde a ninguna realidad, ya que no puede haber lectura más que interpretando; toda lectura es ya una interpretación. Podemos decir que no existe algo así como el texto virgen, neutro; no existe el "Verdadero" texto. Pero en toda discusión del tipo de la que la crítica filosófica o literaria mantienen, se necesita postular una objetividad que funcione de juez último del debate. Se recurre al texto como este juez. El texto sobre el papel es el bastión donde el "Verdadero" texto y, dentro de él, el pensamiento, el auténtico pensamiento que el autor quería comunicar, habitan. Todo ello está a su vez apoyado en un necesario acto de fe en la técnica, es decir, debemos confiar en que la técnica no nos engaña y en que realiza copias de los textos absolutamente fieles, si no todo el juego es imposible. Pues bien, con el hipertexto estos dos momentos, lectura e interpretación, aparecen más confusos, ya que el lector está leyendo directamente su interpretación y la materia sobre la que el "Verdadero" texto habitaba, el papel, ha sido desintegrada.

APENDICE. EL HIPERTEXTO¹³

Antes hemos traído a colación aquí ejemplos de las implicaciones hermenéuticas de esta edición informática del *Tractatus*. El modo de presentación y acceso a la información afecta al pensamiento que ésta expresa debido a que el pensamiento depende de los modos de producción. La técnica afecta al pensamiento, y por tanto modificaciones en la primera se traducirán en modificaciones en el segundo.

Debemos reconocerle a la expresión del pensamiento un carácter técnico ineludible. Quien sea reticente al empleo de esta versión informática del *Tractatus* argumentando que ésta pasa por una presencia tecnológica a la que la edición clásica en papel escapa, se equivoca de parte a parte. Las costumbres que consideramos más naturales y que practicamos cada día sin sorpresa son fruto de inventos técnicos. Para reconocer este hecho basta con echar una mirada a la historia del libro. Pondremos el acento sobre algunos puntos de la misma: La erudición, la crítica y la interpretación de textos a la que nos dedicamos sólo existe gracias al invento de la imprenta, que permite producir miles de copias idénticas de un texto. De modo que el debate mundial en torno a un texto es posible gracias a que todos los participantes están seguros de tener el "mismo" texto entre manos, y gracias a que existen miles de revistas idénticas sobre las que desarrollan la discusión.

sino que lo que Finch hace constar como conclusión es anterior, en fecha, a las premisas que se supone que llevan a ella, con lo cual ese aparente progreso es una ficción. (Finch, H. L.: *op. cit.*, § 'Objects and Things'.) Esta es una conducta habitual entre los críticos. Parecería que nuestra defensa del texto abierto estaría en consonancia con este tipo de conductas, pero no es así: La diferencia es que el texto de Finch tiene pretensión de verdad -como los comentaristas en general- y dentro de esta pretensión su texto es cerrado. Es decir, Finch se aprovecha de la apertura que es esencial a todo decir, para construir un texto cerrado. El hipertexto por el contrario ofrece al lector directamente un texto más abierto, más cercano a la realidad misma del decir.

¹³ En este apéndice pretendemos defendernos del ingenuo apego a una vida no tecnificada y supuestamente más auténtica y de las críticas irracionales en contra de la evolución tecnológica (decimos evolución sin connotaciones de progreso).

Como han demostrado Marshall McLuhan (...) y otros investigadores de la historia de los efectos culturales de la imprenta, el invento de Gutenberg produjo en las disciplinas humanísticas lo que hoy en día entendemos por erudición y crítica.¹⁴

La proliferación de copias de un ejemplar hace que ya no sea necesario que varias personas se reúnan a leer, por disponer de un sólo manuscrito, con lo cual se hace posible el nacimiento de la lectura silenciosa. ¿Qué es el surgimiento de la lectura silenciosa sino el advenimiento de un dominio técnico? ¿Y no es acaso la misma escritura una mera técnica? ¿Y la propia capacidad lingüística?

George P. Landow resume todo ello así:

(...) muchas de nuestras actitudes e ideas más queridas y frecuentes hacia la literatura no son sino el resultado de determinadas tecnologías de la información y de la memoria cultural, que proporcionan el entorno adecuado para dichas actitudes e ideas. (...) el hipertexto ancla en la historia muchos de nuestros supuestos más difundidos, haciéndolos descender del éter de la abstracción y parecer meras consecuencias de una tecnología dada, arraigada en un tiempo y lugar dados.¹⁵

La cuestión es pues que los ordenadores suponen otra técnica que irá acompañada de otras consecuencias para el sentido.

Ni siquiera antes de la imprenta el texto estaba exento de un componente técnico: recordemos, por ejemplo, que mucho antes el paso del papel en rollo al papel cortado y cosido por el lomo tuvo enormes consecuencias para la expresión.

FUTURO DEL HIPERTEXTO

Existe otra crítica menos ingenua y más pragmática que surge, y no sin razón, en las personas que aceptan los libros informáticos y que reconocen que suponen otro medio, con otro lenguaje y otras reglas de juego, y con otras posibilidades. Resulta difícil para una persona que viene del mundo de los libros en papel acostumbrarse a utilizarlos en soporte magnético u óptico; sin duda, leer en pantalla resulta muy cansado para la vista y, además, el ordenador no es nada manejable: no podemos trasladarlo a un café, ni al borde de una piscina. Sin embargo esto responde tan sólo a un problema técnico que ya estamos en condiciones de solventar, y así se hará en cuanto las demandas del mercado lo exijan.

En efecto, Larry Ellison, un magnate de la producción de software (el segundo más rico del mundo, detrás de Bill Gates), ha denunciado que los equipos que compramos hoy tienen principalmente tres problemas: son caros, no son portátiles y tienen muchísimas aplicaciones que el usuario medio nunca utilizará. Y así es, el usuario medio no necesita un aparato con el que pueda programar. Si los libros informáticos terminan por imponerse, y todo parece indicar que así será, el mercado exigirá que los aparatos de lectura de material informático o de conexión a la red sean más baratos, más manejables y

¹⁴ Landow, G. P.: *Hipertexto. La convergencia de la teoría crítica contemporánea y la tecnología*, Barcelona, Paidós, 1995, pág. 32.

¹⁵ Landow, G. P.: *Ibid.*, pág. 49.

de pantallas menos contrastadas y brillantes, deberán parecerse más a los libros de papel. De hecho, hace unos años, el MIT (Massachusetts Institut of Technology) desarrolló un libro electrónico con pantalla de celulosa, de tamaño como el de un libro normal y al que se le introducía un chip intercambiable en el lomo que contenía el "libro" propiamente dicho.

Sin embargo, es nuestra opinión que no hay que esperar a que las mejoras técnicas lleguen, para ponerse entonces a producir libros informáticos. Creo que debemos comenzar ya a aprovechar las ventajas que estos otros medios nos puedan ofrecer, aunque las condiciones existentes no sean las óptimas; pues si no creamos un precedente, si no poblamos la red de contenido humanístico, nunca existirá en el mercado esa exigencia que podría propiciar la mejora de esas mismas condiciones. Si nosotros, las personas que consumimos y creamos textos, no abrimos un espacio para la filosofía en la red, si no nos incorporamos a esta revolución, la red no tendrá ningún contenido humanístico; y es un hecho que la red va a ser más y más utilizada.

BIBLIOGRAFIA

- Ancombe, G.E.M.: *And Introduction to Wittgenstein's Tractatus*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1971.
- Barthes, R.: *S/Z*, París, Seuil, 1970.
- Codina, Ll.: *El llibre digital*, Barcelona, Centre d'investigació de la Comunicació, 1996.
- Cook, J.W.: *Wittgenstein's metaphysics*, Cambridge (USA), Cambridge University Press, 1994.
- Finch, H. L.: *Wittgenstein. The Early Philosophy*, Nueva York, Humanities Press, 1971.
- García-Carpintero, M.: *Las palabras, las ideas y las cosas*, Barcelona, Ariel, 1996.
- Landow, G. P.: *Hipertexto. La convergencia de la teoría crítica contemporánea y la tecnología*, Barcelona, Paidós, 1995.
- Lynch, E.: *La lección de Sheherezade*, Barcelona, Anagrama, 1987.
- McLuhan, M.: *La Galaxia Gutenberg. Génesis del "Homo Typographicus"*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1985.
- Monk, R.: *Ludwig Wittgenstein. El deber de un genio*, Barcelona, Anagrama, 1994.
- Stenius, E.: *Wittgenstein's Tractatus*, Oxford, Oxford University Press, 1960.
- Yankelovich, N. y otros: "Reading and Writing the Electronic Book", *IEEE Computer* 18 (octubre 1985).
- Wittgenstein, L.: *Diario Filosófico*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1986.
- Tractatus Logico-Philosophicus*, Madrid, Alianza, 1993.